

el musgo que tapiza los viejos tejados... Se acerca a ellas asistido del espíritu de San Francisco y como un eco de sus palabras, nos habla en el lenguaje divino de las cosas humildes y desamparadas. «¡Tienen ellas—dice—una filosofía tan simple y cotidiana!». Así también las palabras de Correa. Al leer estos poemas en prosa nos sentimos niños y añoramos el tiempo en que el mundo de nuestra imaginación estaba poblado de cosas humildes y sencillas. En el mediodía de nuestra existencia, reamanecemos.

Hagámonos niños y penetremos en este libro para saber el sentido de esas cosas aparentemente insignificantes que el tiempo ha ido destiñendo con su distanciamiento inexorable. Evoquemos la Casa de los abuelos: «Como una buena mujer, vestida de roja pollera, la tinaja nos saluda en la puerta: —Buenos días señora. Y de su corazón le florecen los cardenales».

Como en esa casa de antaño, en el interior de este libro hemos aspirado el perfume de flores modestas y de cosas humildes, que ya no se encuentran en las suntuosas mansiones modernas.

Hoy que los poetas retuercen la expresión en un lenguaje epiléptico para justificar la ausencia de poesía, ésta de Carlos René Correa penetra fácil por el camino de la emoción y se adueña de nuestra alma, porque canta a cosas eternas en un lenguaje humano. Como los poemas en prosa de Pedro Prado, éstos de Correa están impregnados de filosofía esencial.—MILTON ROSSEL.

■ <https://doi.org/10.29393/At186-14ETRP10014>

EL ETICISMO, por *Alejandro Korn*

Ha llegado a mis manos como un obsequio de inapreciable significado, el primer volumen de los trabajos de Alejandro Korn que ha reunido la Universidad de La Plata. Corresponde ese volumen a un conjunto de ensayos y apuntes filosóficos en

que el prestigioso y notable profesor argentino, fallecido hace pocos años, denuncia una apasionada vocación por las preocupaciones del espíritu.

Alejandro Korn fué una figura anónima en aquel grupo de pensadores rioplatenses de austera y culta formación universitaria que aviva en los países latinoamericanos el nuevo idealismo, incrédulo y afirmativo a la vez en muchas cosas. Es el grupo que ha lanzado desde hace años el responso final a la corriente positivista que presidió en la República Argentina José Ingenieros, el grupo que ha reconstruído las funciones del espíritu señalándoles—¡qué mejor practicismo!—grandes responsabilidades éticas.

Los escritos de Korn revelan todos una elevada inspiración idealista, tal vez si hasta una dramática defensa de los intereses y prestigios del espíritu. Alienta el recuerdo de Rodolfo Eucken y agita reminiscencias del dramatismo ético de Max Scheler.

Su posición filosófica en la República Argentina responde desde el campo metafísico y desde el campo de la especulación científica a la nueva sensibilidad de la inteligencia latinoamericana que se esfuerza por hallar el camino de las concreciones históricas superiores y por conservar su libertad frente a las escuelas dogmáticas del idealismo clásico, del positivismo cerrado o del materialismo social de moda. Las calidades intelectuales de Alejandro Korn ofrecen la marca inconfundible de la docencia universitaria: la prudencia y pureza del pensamiento junto a un profundo sentido de responsabilidad. Era lógico esperar que un filósofo de esa clase se ubicara en el campo idealista y dentro de éste, sin compromiso alguno, en el ángulo menos debatido y más a tono con la presente sensibilidad occidental, es decir, con un idealismo valorativo y activo, más allá del racionalismo y las trascendencias dogmáticas. Y resulta que así se acondiciona más estrechamente con el alma actual de nuestra incipiente cultura latinoamericana en donde ningún dogma

idealista es tolerable, pero tampoco el materialismo unilateral de los pensadores sociales.

El ataque de Alejandro Korn contra el positivismo se funda en la incapacidad de esa filosofía para constituir una ética de la voluntad, lo que es fácilmente explicable por la negación previa de la libertad que es uno de los distintivos del positivismo, según piensa el filósofo argentino. «Los fundadores del positivismo—dice—abundaron en esfuerzos dialécticos para salvar la ética, pero en la evolución lógica de la doctrina llegamos al punto en que se proclama abiertamente la amoralidad, hasta con cierto alarde y orgullo. Ante la evidente imposibilidad de fundar una ética se acaba por declararla superflua!» Y luego se extraña de que las corrientes sociales inspiradas por la concepción positivista de la vida exijan multitud de libertades—«políticas, económicas, intelectuales»—menos «la libertad intrínseca del hombre».

Korn se vuelve en seguida contra la idea mecanicista del progreso moderno, queja de todo el actual idealismo sajón, en que la calidad queda sacrificada a la cantidad, con lo cual el hombre no logra desligarse de sus fallas ascentrales. El pensador argentino fija su posición en este punto de la siguiente manera: «la ciencia no basta. Es menester subordinarla a un principio superior, a un principio ético. He ahí los varios motivos del surgimiento de una filosofía, ya no de carácter científico sino de orientación ética. (Ensayo «Incipit vita nova»).

No creo que Alejandro Korn haya querido deliberadamente señalar una tendencia destinada a robustecer el espíritu latinoamericano en formación; pero la trayectoria ética que defiende marcha paralela a las necesidades históricas y espirituales del continente, sin que esto quiera decir que es una incitación a una escuela idealista original.

Es el mismo sentimiento de responsabilidad, aumentado por la condición docente, que se manifiesta en otro pensador más próximo a nosotros y que ya ha roto más de un escudo

por la restauración de los valores del espíritu: don Enrique Molina, que ha dedicado libros y artículos muy seguidos a esa defensa.

Al pasar del idealismo ético al metafísico, Alejandro Korn hace una salvedad contra el idealismo absoluto. La realidad exterior no es una pura traducción del yo, sino que solamente está condicionada por todas las posibilidades de nuestra conciencia autónoma del cual el yo sólo es «un integrante». Y la conciencia es compleja y rica como activadora de multitud de formaciones y experiencias. «Es cierto—dice Korn— que el mundo objetivo está fuera del yo, pero no fuera de la conciencia», con lo que traza una relación lógica de continente a contenido entre el yo y la conciencia total. «La conciencia es el teatro de los conflictos y armonías entre el sujeto que siente, juzga y quiere y el objeto que se amolda o resiste».

La molesta posición ecléctica de los filósofos universitarios tampoco está ausente en Alejandro Korn cuando se sitúa frente a la metafísica. No es posible concebir científicamente una metafísica, pero tampoco es posible pasársela sin ella. En consecuencia, hay que aceptar y hacer la metafísica, pero sin darle características científicas. La metafísica no debe ser dogmática. En suma, «ni el realismo empírico ni la divagación trascendente», ni la ciencia experimental desnuda, ni los presupuestos metafísicos simplemente conceptuales. En esta disyuntiva lo que el hombre de ciencia y el pensador deben aceptar es la comprensión intuitiva de las realidades y verdades del Universo en vista de los fenómenos que por todas partes se presentan.

* * *

El conocimiento tiene para Korn un carácter solipsista. El hombre frente al universo no puede desprenderse de su condición humana; su conciencia no se reduce a un simple mecanismo lógico, a un mero instrumento de mediciones matemá-

ticas. Por lo demás, siguiendo este camino tampoco se llega a la revelación de la verdad, la que únicamente puede ser penetrada por la intuición y la experiencia. El conocimiento intelectual para la comprensión aproximada del mundo exterior, no es más que una antena de contactos.

En el fondo su teoría del conocimiento se reduce a un capítulo de la teoría de los valores. La axiología resuelve el problema de la oposición entre el yo y el mundo subjetivo, y la filosofía toda no es más que una teoría axiológica. El conocimiento se revela, pues, a la conciencia como una estimativa, ya que la conciencia no puede desintegrarse para contemplar el mundo únicamente desde el punto de vista matemático. «Cuanto sabemos, intuimos, percibimos, pensamos, recordamos, sentimos, queremos o imaginamos es un fenómeno psíquico. La realidad se reduce a este hecho. Referirla o no a una realidad distinta es a su vez otro acto psíquico».

Es una teoría egocéntrica del conocimiento. La realidad es un proceso mental que queda subordinado a la noción del tiempo. «Nada hay cognoscible fuera de la conciencia». Por lo demás Korn considera invencible el conflicto que presenta el dualismo de sujeto cognoscente y realidad exterior. Para él no existe otro mundo que el revelado por la sensibilidad de la conciencia. La verdad del mundo noumenal sólo correspondería al esfuerzo logístico de la vieja metafísica. Pero como las categorías mentales no existen para Korn en el sentido kantiano, el conocimiento posible es mucho más relativo aún y la psicología de la sensibilidad mucha más importante.

También las verdades científicas únicamente son tales según las circunstancias y condiciones de una realidad siempre en acción. Las matemáticas no serían más que coordenadas de cálculo que procuran acomodarse a la realidad, lógicas numéricas con premisas que serían simples peticiones de principio. Su valor absoluto es una ilusión. Entre Euclides y Einstein no

habría un progreso matemático sino un cambio de sistemas o métodos impuestos por la realidad.

Pero el eticismo de Alejandro Korn por más intelectual que sea no lleva trazas de caer en la vieja «opinión» de los filósofos helenos. Es una actividad que se realiza en un terreno irrenunciable y eterno: el espíritu. Sin temor a la paradoja diríamos que su relativismo coincide con una especie de absoluto histórico: creencia y esperanza en ciertos principios inamovibles del espíritu que, sin embargo, participan del mundo histórico de la conciencia.

* * *

Alejandro Korn fué un gran maestro y un permanente refugio de almas juveniles. Dentro y fuera de la enseñanza universitaria logró formar una estela viva de buscadores de orientación. Confirmó la solidez del pensamiento argentino, y en su marcha hacia arriba partió en dos la roca de Sísifo: quiso por lo menos consolidar en América el espíritu para las necesidades de mañana, aunque no alcanzó a demarcar el colorido preciso de nuestro pensamiento futuro.—RAMIRO PÉREZ REINOSO.